ganta se hace tierra de memoria y son tierra de memoria los labios y desde ellos asciende un beso de tierra memorial.

In memoriam... in memoriam... in memorian... una algarabía silenciosa de un subalterno rostro una ceniza enfriándose desistiendo.

"Recordar, recordar... y no es la vida lo que vuelve; es la muerte la que acosa"

Es ahora cuando cobran sentido estos versos que escribí hace mucho tiempo y acaso estaban ya escritos para ti recordada en tu presencia.

Jueves y nieves y cúpulas de San Juan en Oviedo sobre mi llanto bautismal y vistas mucho después y Covaleda fría y Soria fiesta y dorado Toledo esperanzado Madrid y ríos consecuentes.

Y tú en todo radiante y cobijada talla incansable y miniada en su altura y cereal y consabida y la mano didáctica señalando con el puntero dócil brillante por tu apretado fervor el mapa grande de pálidos colores provinciales y la primera lección del mundo mentira poderosa que ahora es verdad y se calla herméticamente Urbión silencio Tajo silencio y fuego silencio provocado en los fraternos pinares.

Porque todo es sustancia "de ríos que se van" juanramonianos de llama que no puede dibujarse en la frente ni albergarse entre los brazos de aire que no se parecen nunca al aire y de tierra que no se hace evidente hasta que se devora a sí misma con la derrota final de su enaltecimiento.

No es nada la memoria no sabe a nada la memoria y paladeamos hambrientos el dolor que ha dejado la túnica de la niebla desgarrada que tocas y no está en el arbusto con el fruto tardío estremeciéndose bajo la nevada.

7

¿Ante quién justificar tanto dolor exhibir tanto desastre acumular tanta broza de hombre

tanta madera de hombre llovida y observada en el bosque mejor de mi espíritu...?

Yo no tengo la culpa de ser un mutilado por un hacha.

yo no tengo la culpa de ser un huérfano adulto un monarca destronado -tu eras mi patria- como un niño que mueve a compasión a la hora del recreo en un orfelinato con el delantal a rayas y los ojos hundidos de esperar el inútil domingo

yo no tengo la culpa de ser un hambriento de amor en el último peldaño de la escalinata hecho casi de piedra y no lo era y el templo arriba con las puertas cerradas para siempre.

Yo no tengo la culpa de que me hayan amado hasta todas las renuncias y de ser un heredero de ese amor deshaciendo los pasos y siguiendo el desigual tejido de los amantes sillares con el dedo extendido como una arrastrada plegaria como una acusación.

Yo no tengo la culpa de mi llanto y de no ser dueño de mi llanto.

Yo no tengo la culpa de pasar entre vosotros con una profunda herida que me atraviesa el pecho y la espalda y el que no crea que meta sus dedos en mi carne y no me importa que alguien para verme pueda volver la cabeza.

Yo no tengo la culpa de haberme dejado amparar en el tiempo ni de no entregarme a ese amparo durante tantas horas de ocio o de desvío o de pecado.

Yo no tengo la culpa de no saber alardear de derrechura cuando tengo el alma tan inclinada y triste.

Yo no tengo la culpa de mi debilidad y de mi aspecto ni del "no lo parece" y "es pronto todavía".

Yo no tengo la culpa de haber conocido la inmensidad del mar en un pañuelo en una toquilla azul por los hombros.

Y no da vergüenza el amor pero la gente cree que tiene que dar un poco de vergüenza.

Yo no tengo la culpa de no sentirme culpable de amor.
Y no hay una micra de alarde en el fondo de mi corazón pero tampoco un reproche por haberme hecho y deshecho poco a poco a su lado de esta manera en que soy hechura suya.
A nadie pido desde mi "escalón de madera -a la altura de tres pisos sobre Zocodover- una moneda una bola de barro para tirar sobre los soldados de plomo una palabra para aliviar este desamparo y no me importa haber preguntado muchas veces ¿cuándo volverá si ella dijo que no tardaría?
Y César Vallejo lo ha preguntado escribiendo y tampoco me importa ahora escribirlo después.
Y ya pediré el día que tenga hambre de pan y hambre de un poco de calor y no me importa decir que tengo frío un frío que cala mis huesos.
Y no es culpa mía que ese frío haya sido siempre en mí como un adelanto tenaz una forma anticipada de este hielo de hoy que me penetra y con su horror me enjoya y me enriquece.
Yo no tengo la culpa de volver la mirada hacia atrás tantas veces aunque los incendios de muchas arboledas de hombres a mi lado se quemen y se destruyan en una brasa de Dios inexplicable.
Alguien dice que tienes tú la culpa mi divina raigambre que espejabas la estatura de los dioses agigantando con tu torpe paso la dureza y el brillo del diamante.

Madre, se nota mucho que esta carta es una reparación una moneda que ha estado mucho tiempo enterrada como tú estás ahora y que araña mis dedos con sus desgastadas inscripciones.
Madre María letras que vuelan impresas sobre estrechas banderas filacterias deshiladas de oro cansado que apenas mueve el aire en el cielo funeral y suntuoso de la tarde.
En mis ojos vives tú llenándolos de un jadeante estar en la tristeza y no importa que la cabeza doliente girasol hacia la luz se incline porque tu eras la giradora luz y la luz estaba en ti.

Y aunque "todavía mi queja es una rebelión" quiere
volverse gratitud a Dios conformidad con Dios
por lo que ha propiciado en el tiempo por lo
que hacía de nuestras vidas y aceptábamos.
Pero repentinamente "ni es cielo ni es azul" el cielo arriba uniforme y desorbitado de preguntas.
Y el templo es otro el templo oscuro ahora.
En las paredes María madre sé que está escrito tu
nombre y no lo puedo leer.
Se abre el techo y un cataclismo de estrellas desciende inexplicable y todo se entenebrece de
nuevo y el silencio de Dios y el insomnio de
Dios son una misma cosa.
Quiero huir por los claustros y todas las puertas
cerradas no dan paso a aquellos bancos alineados a mi "escalón de madera" a ti y a mí juntos en el mediodía "se está bien aquí."
Fingen los capiteles racimos de uvas envenenadas y
quimeras y trasgos voraces me rodean.
El amor se cubre de agonía y bajo su manto un ciego
tira de otro ciego hasta que le hace tropezar
y caer.
La claridad de tus dedos muertos se hace ver entre
el horror y sus falanges se llenan de sortijas de tierra y no está allí el anillo que
perdiste.
La piedra verde guarnecida por una constelación de
estrellas era como un presagio y que no la encontraras a la hora justa de emprender tu viaje era el anuncio de la oscuridad porque nada
puede brillar al lado de la muerte y por eso
los astros se precipitaron en un abismo que
no sabemos y que a nada se parecía.

Dime si te hacen daño estas palabras y si no es mejor
callar para que tu sueño no se turbe
si no es mejor que yo deje esta carta sin terminar
para que tú no tiembles en tu inclemencia
oyendo desoyendo mi voz...
Este poema entre sus torpes líneas es una obligación mortal.
Yo no podría vivir morir si no lo hubiera escrito
y aquí están sus palabras gotas de sangre
cuerpos opacos entrechocándose con un desconocido estruendo

cuando hubiera querido salir de mi silencio con un
clarín de fuego con una espada angélica y con
una mano de niña que dibuja o que cose
y sé que me arrastro inerme entre las letras que el
dolor me ofrece y apenas una luna con un cer-
co anunciador de desvelada lluvia se asoma so
bre mi estremecida noche.

8

Éramos tres, Señor,en la mañana
del domingo. Ya estamos Tú y yo solos.
Lloro contigo, sí; Señor, no digas
que no compartes mi dolor. Mis lágrimas
tienen que ser materia tuya, formas
de tu existencia. Sí, yo sé que existes
porque eres la tristeza de mi llanto,
porque Tú eres la lágrima que toca
mi mejilla, que dura y que resbala,
que llega hasta mis labios con los tuyos,
y los haces amargos, y me dicen
que Tú eres el testigo y el artífice
de la desolación.
Amo, llorando
contigo, que lloraste ante la tumba
de Lázaro, tu amigo, y lo resucitaste.
Lloro contigo que dijiste: "Honra a
a tus padres". Y hoy su honor y el mío,
Señor, es esta lágrima que es tuya
porque Tú la provocas y la asumes.
Ámbitos, y jardines, y cristales,
y, en el verano, la presencia hermosa
de todo a lo que puedes dar la vida,
y ver de pronto ene esta que me has dado
una manera de esperar la muerte,
un entretenimiento y un oasis,
un juguete fugaz, un mecanismo
que se rompe enseguida, y se detiene,
y nos detiene en la altamar del día.
Señor, qué juego inútil, cuánto engaño
de prodigiosa luz y de esperanza:
una palabra sin sentido, un arco
tensado en el vacío. Y el arquero
pasa por una lluvia y no ve nada.
Si detrás de esa lluvia no estás, madre,

es que no hay nadie que me espere. Cantan
los acordes del agua en la tristeza.
Llora el agua por todos los nacidos
y por todos los huérfanos del mundo,
y por todos los mundos que ahora lloran.
Solos estamos todos; noches
somos de un acabado firmamento,
muertos en equilibrio, como astros,
como cuerpos girando, interminables,
sin alcanzarse nunca, sin tocarse
jamás, ni un solo instante en tanta nada.
Ahora recuerdo aquellas nervaduras
de la hoja que fui. Tú, madre mía,
eras el árbol, y tu mano dulce
pasaba por los ríos crecedores
que tú hiciste una vez dentro del aire.
Tu parque era pequeño, y limitaba
conmigo y con mi humilde precipicio.
Era la soledad junto a una tapia
de almenas y ladrillos desiguales
asomándose al sol con cada aurora.
Por esta hoja abrías el paisaje,
y tú apenas notabas la miseria
de tu participante mansedumbre.
Y eras la soledad, y estabas sola,
y sonaban los goznes de la noche,
y estabas sola, y al decir mi nombre
preguntabas a Dios, y Dios no oía,
no contestaba, y tú tenías miedo
toda una noche, y otra noche, y otra;
tanteabas la sombra con la mano
buscadora. Y el niño ya no estaba.
El niño era aquel hombre. Y no servía.
Y no se hacía niño, ni respuesta
de Dios, como en un tiempo en que no hablaba
y era la voz callada y suficiente
en el silencio universal del mundo.
Sobre tu espalda triste y poderosa,
árbol de junio, árbol de amor, yo era
como una primavera consistente,
una apariencia erguida, un desafío.
Y estabas sola, luego, sola y última;
sola y aquí la muerte, desgajada
de tu ambición solar, tan diminuta...

Dime que no se hicieron ese día
de plomo y lodo los alados sueños,
dime que no cayeron como copos
de sangre y noche los lucientes pájaros,
que te dormiste de verdad. -¿Lo han dicho
para que yo te piense así, tendida,
a punto ya de despertar y verme?-.
¿Y has despertado, madre? ¿Dónde? ¿Dónde..?

9

Porque el amor estaba
de la parte de acá,
y Dios le había dado en esta orilla
ocasión y fronteras delicadas;
Él no pudo crearlo
para romper después su privilegio.
Él nos había dado fácilmente
su puñado de gloria, el alimento
con que Él se alimentaba,
el único que sacia y engrandece.
Y ahora nos deja hambrientos bajo el techo
de tanta habitación desmantelada.
¿O no será la muerte esa otra madre,
el revés de tu rostro, madre mía,
inclinado esta tarde sobre el mío
para que yo te busque en las tinieblas?
Entonces que los tristes todos sean
en su tristeza bienaventurados
porque esperan la madre verdadera.
Y bienaventurados sean siempre
en suagonía los agonizantes
por la ausencia de la primera madre
que los espera al filo de la muerte,
"madre final con un abrazo
inmensamente abierto,
que ha de cerrarse un día, breve y duro,
en nuestra espalda para siempre.

La hierba, como nunca,
parece que ha aquietado
su incesante deseo de crecer.
Mi oración no termina en estas cruces;
"todavía mi queja